

acompañábamos, cómo sufrimos pareciéndonos que á poco se nos moria; pero qué alma la de aquel Santo Varon! ¡Gracias á Dios, gracias á Dios, que le dió fuerza, como yo con lágrimas se lo venia pidiendo en pos de él, á la Santísima Virgen con todo mi corazon lleno de angustia! No obstante aquella mortal fatiga, ¡cómo conservaba la serenidad y majestad de su rostro! La fuerza de su ánimo era muy superior á la postracion de sus miembros. Nadie, nadie creia que viniera á visitarme; pero, gracias á Dios, la Virgen me lo trajo: aquí estuvo el Santo. . . . Y continuaba su relacion y accion de gracias, que alternaba con miradas al cielo inundados sus ojos y bañadas sus mejillas con dulce llanto. (Me enseñaron á medio camino el jacalito de zollate donde el Apóstol de Querétaro se recostó sobre una estera y tomó una taza de té para recobrar las fuerzas y seguir caminando.)

¿Y qué nos dirian si á su vez todos los Párrocos y cada uno de los Eclesiásticos, que administran los Sacramentos, nos manifestaran las prendas de admiracion, gratitud, respeto y amor que tienen depositadas en su corazon? ¿Qué, si con su lenguaje imponente, la infinidad de crestas de esa sierra, nos dijeran cómo se sentian santificadas, al cruzarlas el humildísimo Obispo, cubiertas sus plantas con el calzado indígena? Y á propósito de su humildad, ¿Qué diré de su pobreza voluntaria? ¿De su desprendimiento absoluto? Era un prodigio, vosotros lo teneis bien visto. Siempre elegia para su persona, para sus usos y servicios, no diré lo mas modesto, sino lo peor: dígalo su trage interior de algodón, de tela ordinaria tegida *ad hoc* en uno de nuestros talleres: los cubiertos de su mesa, la pintura de su sala, la tarima de su cama, los asientos de tule, su calzado tan comun. Su abs-

tinencia: ¡Qué alimentacion tan frugal, tan sencilla, medida y ordinaria! Creo que nadie vió jamas sobre su mesa el vino. Su mansedumbre: virtud costosísima, conseguida sin duda al precio de grandes vencimientos, para aquel su carácter tan naturalmente vigoroso y enérgico. ¡Hasta que ví al justo como David lo pinta; trayendo su alma en sus manos. Entre el sinúmero de casos que pudiera citar, referiré uno, que elijo por tratarse de persona que de ningun modo puede lastimarse. Le ví y le oí reprender á un hijo insolentado contra la madre, que quejándose con el Sr. Obispo, le rogó que se lo reprendiera. El cuadro era formidable: yo no era el reprendido y sentia hundirme. Su voz era de trueno: sus miradas centellantes: los movimientos de su brazo indignado, me parecian las amenazas de un rayo aterrador. La primera vez que le ví, no creí que pudiera llegar á enojarse tanto. Siempre habia estimado de difícil ejecucion el consejo del Espíritu Santo: "Enójate, y no quieras pecar," hasta que lo ví ejecutar, lo entendí practicable. Ví de bulto la utilidad de las grandes pasiones para el bien, en una alma que las ha domado al imperio de la razon. El Sr. Camacho se enojaba, como y cuando queria; acto contiuuo, quedaba tan pacífico y tan festivo como de ordinario, llamando la atencion tan instantáneo y prodigioso contraste. ¡Cuánto me edificaba! Me parecia, admirándole tan señor de sí mismo, que veia al árbitro de la naturaleza, que con igual facilidad suscita y aplaca la tempestad: á Jesus caminando majestuoso sobre las ondas, y que con una palabra aquieta el agitado mar de Galilea. Otra vez, entre varias, le ví indignado y pudiera decir, devorado por el zelo de la casa de Dios, y me pareció estar en el Templo de Jerusalem, presenciando, ater-

rorizado, la ira del Cordero de Dios, que con el látigo en la mano, arrojaba á los que lo profanaban, en cumplimiento de la Profecía: "Zelus domus tuae. . . ."

Su ejercicio de oracion: teniendo necesidad de ver á su Ilma. con frecuencia, de ordinario á la hora en que le encontraba solo, al "pase" que yo entraba, su S. Ilma. salia de su recámara, tan recogido, tan modesto, tan tranquilo, difundiendo tanta suavidad aquel su espíritu de dulce majestad, que le denunciaba, como á Moisés los rayos de luz que difundia su semblante, de haber estado hablando con su Dios, y con un Dios que le daba no la ley grabada en piedra, como al caudillo de Israel, á quien se reveló en medio de la zarza misteriosa sobre la cima de una montaña rodeada del terror; sino el espíritu de la ley de amor, elevado en una cruz, víctima de la caridad, en la comunicacion mas familiar de un espíritu tan íntimamente unido al espíritu del Señor. Solo así se explica ese conjunto maravilloso de todas las virtudes.

Su prudencia: su virtud como natural, su virtud prominente, su cualidad característica, virtud sin la que no hay virtud, la virtud de mas difícil adquisicion, que para poseerla es indispensable poseerlas todas. Fué heroica su prudencia: luego poseia todas las virtudes en igual grado. ¿Qué se propuso hacer el Ilmo. Sr. Camacho, que no haya conseguido, por difícil y árduo que fuera? ¡Ah! Proyectos moral y físicamente imposibles, él los realizó; reformas, que eran imposibles atendido el falso título de prescripcion que autorizaba los abusos, él las verificó: males, que con el carácter de crónicos, eran incurables, él los remedió. Hablándome S. Ilma. de uno muy trascendental que habia curado radicalmente, me decia: "Era una espina que tenia mi corazon clavada hace sie-

te años; desde que vine aquí." ¡Bendito sea Dios, ya está remediado!" ¡Qué fortaleza para sufrir, Señores! ¡Qué constancia para insistir! ¡qué prudencia para obrar! ¡qué eficacia para conseguir!

¡Y cuántos son los gérmenes de bien que aunque ocultos ya están sembrados, y cuyos ópimos y abundantes frutos no saboreará la generacion presente; pero que S. S. Ilma. ya gustó, cierto, absolutamente cierto de los resultados! Es imitar á Dios, hacer bien sin descubrirse: la generacion futura disfrutará los bienes de todo género y de todos órdenes, que él sembró. Los hombres del tamaño del Sr. Camacho, no hallan barrera entre el tiempo y la eternidad; extienden sus miradas á lo venidero como sobre el presente: viéndolo todo en aquel su espíritu que todo lo comprende, abrazan con igual perfeccion al mundo físico, intelectual y moral: en todos órdenes, universal, particular é individual.

Mas sucede con los genios verdaderamente grandes lo que con algunas plantas preciosas rodeadas de espinas, que no permiten disfrutarlas de cerca. Quisiera referir tal suceso, aludir á un hecho determinado, y la caridad me prohíbe lastimar la susceptibilidad del espíritu humano: siento ansia por levantar un tanto el velo misterioso, para dejar entrever los arcanos reservados al porvenir, y la prudencia, siempre justa, viene con mano blanda, me retirará y me persuade de que "Sacramentum Regis abscondere bonum est." Deja, me dice, para los que vean la luz del vigésimo siglo, tejer las guirnaldas y colmar cestillos con las frescas rosas y maduros frutos que apenas acaba de sembrar el justo. Seria, en efecto, necesidad injustificable, desenterrar las semillas en la misma primavera en que se siembran, con el ridículo pretexto de analizar su

sustancia y patentizar sus virtudes y fecundidad. Dejemos que crucen las estaciones: pasado el invierno, las mieses mismas con sus reflejos de oro revestirán de gloria al celestial agricultor, para quien la tierra de ahora, aunque preparada y sembrada, aparece totalmente desnuda. ¡Oh, quién pudiera retirar su actual existencia á la distancia siquiera de veinte años!

Señores, ya termino: bien sé que mis elogios no pueden compararse con el mérito de nuestro Ilustre Pastor, y si puedo asegurar, que su mérito excede con mucho á nuestra comprension.

Tú, ¡Oh Tiempo! que mides la inmensa duracion de siglos, y mas siglos, dime, ¿cuántos hombres has visto como el que nuestros ojos vieron? Iglesia Universal, dime, tú incomparable madre de los grandes, ¿cuántos Pastores has engendrado, tan grandes como el que hace un año llora la Diócesis de Querétaro? ¡Pocas han de ser las páginas de la historia en que leamos nombres de Pontífices tan singulares como el nuestro! Un Pontífice, sin otro confidente que su propio corazon; sin otro consejero que él mismo; sin otra luz que su propia ciencia; sin mas regla que su prudencia; siendo juntamente su oráculo, su guía y su modelo, resolver los asuntos mas difíciles con una sagacidad maravillosa; dirigiendo sus talentos por sus virtudes, librarse de toda sorpresa, triunfar de toda resistencia, y sin titubear jamas, hacerse la seguridad y la dicha de la Iglesia que tenia confiada á su llamado.

Como la luz que por sí misma se manifiesta, basta leer una sola de sus Pastorales, para conocer que no se le conocia: para calcular su ser y su valía, no para comprender ni todo su ser, ni cuanto valía. Dios lo ha hecho, Señores, dejemos que las gavillas de los hijos de Jacob,

se inclinen ante la que levantada está en el centro. Admiraremos, sin murmurar, cómo las doce estrellas, la Luna y el Sol adoran á José. Las mitras se inclinan á su mitra, y los callados se acercan al suyo para participar de su fuerza y su poder. Sus cartas se transcriben á las demas Iglesias, haciéndolas suyas sus Ilmos. hermanos; y su voz pastoral es la voz del Episcopado mexicano, que llega hasta el Solio de Pedro, y Pio Magno ordena que se vierta al idioma de Italia. ¿Dónde, preguntaba á su fallecimiento, uno de nuestros Ilmos. y Rmos. Arzobispos, dónde encontraremos otro Mentor.....?

Quiso la Providencia divina dispensarme el inefable consuelo de asistir al ilustre moribundo en los dos dias y última noche de su preciosa existencia: presencié su lucha extrema, mis manos quedan honradas con el contacto de aquel hombre santo, mis brazos satisfechos de haber sustentado la postracion mortal de sus desfallecidos miembros y aleccionado sobre todo mi espíritu con la intuicion de ese misterio de misterios que la muerte de nuestro esclarecido Obispo descubrió ante los ojos de mi alma. Siento escaso de gratitud mi pecho, cuando quiero agradecer á la Misericordia divina favor tan singular.

Yo sabia que el ser del hombre es un abismo insondable de grandeza y de miseria; pero no lo habia visto: yo entendia incomprendible la lucha del espíritu y la materia, á la vez que arranca profundos lamentos de lo íntimo de las entrañas del incomparable Apóstol de las gentes; pero nunca habia tenido ocasion de mirar, absortas mis facultades, cómo á Dios solo está reservado comprender el tremendo combate de seres mas distantes entre sí que la altura de los cielos y la profundidad del abismo,

tros digo: ¿qué es lo que nos queda, al pasar por la tumba, de esos bienes y honores que absorben el ser todo y las facultades del hombre? ¡Extraña locura son todas esas distinciones efímeras, que intentan diferenciar á los mortales! ¡Los ojos mas perspicaces han visto sobrenadar las grandezas y los títulos sobre el abismo del olvido? ¿Han visto en esas fosas sin fondo, en donde caen los pastores y los reyes, mas brillante el polvo del monarca que el del infeliz esclavo? ¡Soberbia vana, toma la balanza, pesa esas cenizas; y si hallas alguna diferencia entre una y otra, si tú la vez, manifiéstala! ¡Oh polvo oscuro, mas oscuro que la misma nada, yo te contemplo con un horror que temo y estimo! ¡Yo leo sobre tus átomos que el viento esparce, la historia del hombre, las escenas del mundo y las catástrofes de la vida; y á proporción que te observo y te analizo, el mundo declina, disminuye y desaparece!

Luego no hay sino esa eternidad que ensalza al hombre y le reviste de un ser y de una grandeza incorruptible. Ahí es donde el Eterno, en un silencio misterioso, tiene lo venidero á sus órdenes, fabrica sobre la nada, distribuye castigos y premios, prepara la vida y la muerte, abre y cierra los cielos, acepta con agrado las plegarias de los justos y tolera pacíficamente las blasfemias del impío, porque es eterno.

He visto Señores, no en sueños como Daniel, á un soberbio coloso reducido á tamo por una piedra insignificante, que lentamente choca contra sus pies de tiesto; sino al grande Obispo de México, que tocado por la mano de Dios, ha sido derribado hasta el sepulcro, y convertido en polvo su barro frágil por una indisposición al parecer nada alarmante. Pero tambien he visto, si no aquella

misteriosa piedra, que crece luego hasta llenar el Universo, si al espíritu del justo levantarse sobre los orbes celestes, á proporción que su materia se anonada, hasta la union con Dios. Habia creido, y entonces ví cuánto es preciosa delante del Señor la muerte de sus santos. "Preciosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus." ¡Qué inútil es el arte, la naturaleza qué impotente, cuando se trata de hechos sobrenaturales en el orden de la gracia!

La verdadera grandeza en el abismo de miserias, lejos de menguar los fulgores de su gloria, los difunde cada vez con mayor intensidad. Un hombre á quien los dolores, las angustias, la pena mortal de su última enfermedad, no conmueven; una alma, que en las horas supremas del anonadamiento de su materia, ni se turba, ni se inquieta, sino que apacible y tranquila, revela en todo su exterior la serenidad de un cielo, que dista una inmensidad del tempestuoso mundo de pútridas fermentaciones: un moribundo para quien las agonias son elemento de una vida nueva, es un prodigio de la divina gracia. Al Ilmo. agonizante, en las treinta y tantas horas de mortal combate, no se le oye una queja, ni un solo ay! ni el mas ligero gesto que indique siquiera algun sufrimiento, ni una palabra de angustia, ni un movimiento instintivo de dolor. ¡Qué quietud en sus miembros, qué apacibilidad la de su semblante, qué expresion tan sublime la mansísima mirada de sus ojos, qué tono tan dulce el de sus últimas palabras! Nada pedia, ni alivio, ni descanso alguno; nada reusaba, ni medicinas penosas, ni dolorosos tratamientos.

¡Qué espectáculo, Señores, tan digno de otra inteligencia que no fuera la mia! En pocas ocasiones habia sentido, como en esta, la ruindad de mis alcances. ¡Qué no-

che la del veintinueve de Julio de ochenta y cuatro! Jamás el tiempo borrará de mi memoria un acontecimiento que tantos provechos me deja para la eternidad... Aun le miro, y cada día mas le admiro.

A fin de atestiguar en lo que digo la realidad de los hechos, sin que quepa la mas ligera exageracion, me he esforzado una, otra y muchas veces por recordar si al practicante ó á mí, que le asistimos, nos pidió siquiera un poco de agua, algun cambio de postura, si indicó algun deseo, si, al menos, dijo de sí algo, que no fuera respuesta á lo que le deciamos, y rectifico con asombro: que ni una palabra nos habló, ni solicitó de nosotros algun alivio; ni menos nos mandó algo aquel niño anciano, que se conocia haberse entregado en las manos y voluntad ajena, como en las manos y querer divino se abandona una alma que, antes de la muerte, ya no vive sino con la vida de Dios.

¡Y qué respuesta á todo lo que le hablábamos en cualquier sentido que fuese! "Bueno:" esta fué la única expresion que le oimos para responder á todo, y repetida siempre con igual agrado. ¡Qué vencimiento tan completo! ¡qué fortaleza tan invencible! ¡qué paciencia tan inalterable! ¡qué abnegacion tan sublime! ¡qué virtud tan perfecta! ¡qué santidad tan celestial! La paz de aquel su bendito espíritu, no hay por qué dudarle, era ya la aurora del día sin noche de la beatitud eterna.

Enjuga pues tu llanto amada hija del Cordero. El gran Profeta fué arrebatado al cielo en un carro de llamas tirado por caballos de fuego; pero queda Eliseo heredero de su manto, de su poder y de la fuerza de su espíritu. Cuántas Iglesias lloran su viudedad hace años, mientras la nuestra á los diez meses de luto celebra sus

terceras nupcias. Veis al nuevo Esposo sentado en el sologio que hace un año llenaba de majestad su Ilustre hermano. ¿Quién te alcanzó cerca de Dios, Iglesia mia, el privilegio de ser tan pronto consolada? ¡Ah! yo no lo dudo. Un Pontífice que no lo fué sino rendido del amor de Dios y de sus hermanos, que no vivió sino para hacer bien, y que al morir su última y única recomendacion es el cuidado de su Iglesia, al presentarse su preciosa alma delante del Señor, ha sido su primera súplica: Dios mio, mi Iglesia queda viuda. No cierra sus lábios al tiempo, sino para abrirlos en la eternidad. No han terminado los quince años que fué nuestro Obispo acá en la tierra, sino para perpetuar su amor pastoral en una eternidad que nunca acaba. Nuestra Iglesia llegará á la altura de la gloria á que es llamada, siempre que no se desvié de la senda de luz que le deja trazada el sublime espíritu de su Pastor.

Nació gigante, emprendió su camino, lo recorrió á grandes pasos y descansa en paz en el seno de Dios.

AMEN.





